



En nuestro último artículo, dijimos que la razón es algo más que la ciencia. La razón es la capacidad de sabiduría, y la sabiduría es una cuenta que abarca toda la realidad como un todo a la luz del fin o propósito más alto de las cosas. En esta cuenta, para que los seres humanos sean completamente racionales, tenemos que ser receptivos a la realidad en *todos* sus aspectos: los cuantificables y los no-cuantificables, los mesurables y los inmensurables, los observables y los no-observables, los tangibles y los intangibles, los sensibles y los inteligibles.

La cuenta de la Iglesia sobre la fe comienza a partir de esta comprensión de la razón como sapiencial. Cuando la razón humana está abierta a la realidad en toda su amplitud, la razón se cuestiona y busca la Verdad con “V” mayúscula, es decir, el *sentido* de realidad en su conjunto. Cuando Dios viene al encuentro de nuestro cuestionamiento y búsqueda de la Verdad, y para dirigir Sus respuestas a nosotros, los seres humanos se enfrentan a la revelación divina y son llamados a la fe.

En contextos populares contemporáneos, la fe es entendida de distintas maneras confusas. Algunas veces, la palabra fe es utilizada para hablar acerca de la perspectiva de una persona sobre las cuestiones últimas. Otras, la palabra fe es prácticamente sinónimo de la “filosofía de vida” personal. O la fe puede ser utilizada para hablar acerca de cualquier causa en la que uno realmente crea y defiende. Dado que la fe es utilizada de dicha manera vaga y general, es común escuchar a la gente utilizar expresiones como “la fe budista” a pesar de que el budismo no es una fe en el sentido cristiano del término, y los budistas (correctamente) quieren distinguir su perspectiva religiosa de ser una fe en el sentido cristiano.

San Agustín fue quien dio a la Iglesia Católica una cuenta de lo que es la fe que se ha mantenido como la norma hasta hoy. Siguiendo tanto el Nuevo Testamento como significados estándar de palabras en griego antiguo y latín, San Agustín entendió la fe *como creer en algo en la palabra de un*

testigo. El Nuevo Testamento está lleno de palabras de testimonio y de atestigüaciones de la verdad de la vida de Cristo, su muerte, su resurrección, su gracia y su presencia. La fe es acoger este testimonio, aceptarlo y creerlo.

San Agustín notó que cuando se entiende como creer en algo en la palabra de otro testigo, la fe en general es inherentemente razonable. Todos los seres humanos viven naturalmente por la fe en otros seres humanos. Es casi imposible para cualquiera ir por la vida sin ninguna fe. Pues todos aceptamos muchas cosas por las palabras de otras personas, y no podemos dejar de hacerlo. Agustín notó que casi todas sus creencias históricas, inclu-

¿Qué es la fe?

Rev. James Brent, O.P.

yendo su creencia acerca de dónde había nacido y sobre quién era su padre, eran cuestiones de fe.

Epistemólogos contemporáneos confirman el punto de Agustín, y señalan cómo es que la mayoría de nuestras creencias diarias son cuestión de fe en el sentido de confiar en lo que otros dicen. ¿Cuántas personas pueden *probar* que el agua está *compuesta* de hidrógeno y oxígeno? ¿Cuántas personas pueden probar que George Washington fue el primer presidente de los Estados Unidos? La mayoría de las personas lo aceptan basados en la fe de lo que les dijeron sus maestros.

A pesar de que la fe en otros seres humanos es natural y razonable, la fe cristiana es algo más que sólo fe natural y humana. El mismo Dios que creó a los seres humanos como seres racionales en búsqueda del sentido de la realidad en su conjunto, viene al encuentro del cuestionamiento del hombre al dar testimonio de Sí mismo y de Su plan para el mundo. Dios se explica a sí mismo para nosotros. ¿Cómo? Mediante las palabras de los profetas, de Jesús de Nazaret, de los apóstoles, y de los autores de las sagradas Escrituras. Todas estas palabras humanas contienen y comunican la



Palabra de Dios. O al menos eso creen los cristianos. La fe cristiana es un regalo especial de Dios para creer todo este testimonio “no como palabra humana, sino como lo que es realmente, como Palabra de Dios” (1 Tes 2:13). En resumen, la fe es acoger la Palabra.


¿Cómo se recibe el don de la fe? La respuesta tiene tres partes.

Primero, “la fe nace de la predicación” (Rom 10:17). Desde los días de Jesús, de los apóstoles, y de los evangelistas, la Iglesia ha acogido, recibido y creído, gradualmente, sus palabras como Palabra de Dios. La Iglesia ha asimilado a la persona y el mensaje de Jesús, y a su vez, lo predica y lo proclama: ¡Jesús es Señor! La Iglesia va por la historia dando fe de la verdad de esta palabra a todos los que escuchen. Lo que escuchamos son las palabras de seres humanos en la Iglesia exponiendo la persona y el mensaje de Jesús como la Palabra de Dios.

Segundo, ya que la Iglesia se mantiene predicando, “Dios ha confirmado su testimonio con señales, prodigios y milagros de toda clase, sin

hablar de los dones del Espíritu, que reparte como quiere” (Heb 2:4). Dios conoce nuestro miedo a la decepción. Conoce nuestra necesidad de señales que confirmen que lo que escuchamos de la Iglesia no son simplemente palabras o ideas de seres humanos, sino que de hecho, es Palabra de Dios. La predicación de la Iglesia está rodeada y atravesada por una abundancia de señales y características que la distinguen de todos los fenómenos meramente naturales. Los milagros, las sanaciones, y las vidas transformadas, son sólo un tipo de señal. La Iglesia en sí misma es una señal. Las señales, de hecho, son tantas y tan variadas, que una disciplina académica completa se enfoca a estudiarlas y a exponerlas, a saber, la teología fundamental.

Tercero, “nadie puede decir Jesús es el Señor, si no está impulsado por el Espíritu Santo” (1 Cor 12:3). Aunque una serie de señales confirman la proclamación de la Iglesia como Palabra de Dios, la gente no está llamada a creer lo que escuchan por las señales. Más bien, estamos llamados a una fe libre, simple y como de niño, en Jesús como Salvador y Señor resucitado. No es una inferencia de las señales lo que nos mueve a creer lo que escuchamos, sino un toque interior del Espíritu Santo. El Espíritu Santo inclina nuestros corazones a confiar en Dios por la verdad de lo expuesto por la Iglesia. Gracias a la inspiración del Espíritu, damos un simple asentimiento a todo –un simple sí a todo el testimonio de la Iglesia sin temor a la falsedad o error. Las señales están ahí para una reflexión crítica sobre nuestra fe, no para la producción de la misma.

Una teología buena y sólida no niega la verdad de las ciencias humanas, sino que toma en consideración todas las verdades bien establecidas de cualquier disciplina. La Palabra de Dios ilumina todas esas verdades con una luz superior, a la luz de Dios y de Sus planes para el mundo. Tal es nuestra intención en esta serie de artículos. Nuestra esperanza es mostrar que la ciencia de la biología y el testimonio de Dios, juntos, forman una respuesta coherente y profunda a la pregunta sobre el ser humano, sobre nuestra vida en este mundo, y sobre el sentido de todo. 

ENCUENTRA ESTO (Y MÁS) EN LA WEB:

<http://www.thomsticevolution.org/disputed-questions/what-is-faith/>